

Bello, Andrés. "La *Ilíada*, traducida por don José Gómez Hermosilla" en M. L. Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, Santiago de Chile, P. G. Ramírez, 1882 (reproducción parcial). Ensayo completo en A. Bello, *Obra literaria*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

ANDRÉS BELLO

## LA ILÍADA, TRADUCIDA POR DON JOSÉ GÓMEZ HERMOSILLA

De todos los grandes poetas, ninguno opone tantas dificultades a los traductores, como el padre de la poesía, el viejo Homero. A ninguno quizá de los autores profanos, le ha cabido la suerte de ser traducido tantas veces; y sin embargo de esto, y de haber tomado a su cargo esta empresa escritores de gran talento, todavía se puede decir que no existe obra alguna que merezca mirarse como un trasunto medianamente fiel de las ideas y sentimientos, y sobre todo de la *manera* del original griego; que nos trasporte a aquellos siglos de ruda civilización, y nos haga ver los objetos bajo los aspectos singulares en que debieron presentarse al autor; que nos traslade las creaciones homéricas puras de toda liga con las ideas y sentimientos de las edades posteriores; que nos ponga a la vista una muestra genuina del lenguaje y de la forma de estilo que les dan en su idioma nativo un aire tan peculiar y característico; en una palabra, que nos dé, en cuanto es posible, a todo Homero con sus bellezas sublimes, y que no nos dé otra cosa, que Homero.

Se han hecho sin duda con los materiales homéricos obras que se leen con gusto, y que hacen de cuando en cuando impresión profunda; pero obras que apenas merecen el título de traducciones. El defecto más general en ellas ha sido el de querer cubrir la venerable sencillez del original con adornos postizos, que se resienten del gusto moderno: a la verdad, se sustituye la exageración; al calor, el énfasis. Otras veces se ha querido verter con fidelidad; mas por desgracia, en una versión escrupulosa de Homero, es más difícil contentar a la generalidad de los lectores, que en una versión licenciosa, porque lo natural y simple, que es el género de que Homero no sale nunca, ni aun en los pasajes de más vigor y magnificencia, no se puede transportar, sino con mucha dificultad, de una lengua a otra, y sin correr mucho peligro de degenerar en prosaico y rastrero.

Se ha pretendido que el traductor de una obra antigua o extranjera debe hacer hablar al autor que traduce como éste hubiera probablemente hablado, si hubiera tenido que expresar sus conceptos en la lengua de aquél. Este canon es de una verdad incontestable; pero sucede con él lo que con todas las reglas abstractas: su aplicación es difícil. En todo idioma, se han incorporado recientemente, digámoslo así, multitud de hechos y nociones que pertenecen a los siglos en que se han formado, y que no pueden ponerse en boca de un escritor antiguo, sin que de ello resulten anacronismos más o menos chocantes. ¡Cuántas voces, cuántas frases de las lenguas de la Europa moderna envuelven imágenes sacadas de la religión dominante, del gobierno, de las formas sociales, de las ciencias y artes cultivadas en ella; cuántas voces y frases que fueron en su origen rigurosamente técnicas,

empleadas luego en acepciones secundarias, han pasado a la lengua común, y han entrado hasta en el vocabulario del vulgo! ¿Y pudiéramos traducir con ellas las ideas de un poeta clásico, y de los personajes que él hace figurar en la escena, sin una repugnante incongruencia? Pues de esta especie de infidelidad adolecen a veces aun las mejores traducciones; y lo que es más notable, traductores ha habido que la han juzgado lícita, y que, en la versión de un autor antiguo, han preferido las voces selladas con una estampa enteramente moderna, teniendo otras de que echar mano para reproducir con propiedad y pureza los pensamientos del original. Parecerá increíble que, traduciendo a César o a Tácito, se dé a la *Galia* el nombre de *Francia*, y a la *Germania*, el de *Alemania*. Pues así se ha hecho, y por hombres nada vulgares.

La infidelidad de que acabamos de hablar es menos difícil de evitar, y menos común, que la que consiste en alterar la contextura de los períodos, desnaturalizando el lenguaje y estilo del original. La *Biblia* o *La Iliada* traducidas en giros ciceronianos o virgilianos podrían ser obras excelentes; pero no serían la *Biblia*, ni *La Iliada*. Y como lo que forma más esencialmente la fisonomía de un escritor de imaginación es su lenguaje y estilo, las traducciones que no atienden a conservarlos, aunque bajo otros respectos tuvieran algunas cualidades recomendables, carecerían de la primera de todas.

No hay poeta más difícil de traducir, que Homero. Se pueden tomar las ideas del padre de la poesía, engalanarlas, verterlas en frases elegantemente construidas, paliar o suprimir sus *inocentadas* (como las llama con bastante propiedad el nuevo traductor de Homero don José Gómez Hermosilla), presentar, en suma, un poema agradable con los materiales homéricos, sin alejarse mucho del original. Esto es lo que hizo Pope en inglés, y lo que han hecho los más afamados traductores de *La Iliada* y de *La Odisea* en verso y en prosa. Pero esto no basta para dar a conocer a Homero. No puede llamarse fiel la traducción de un poeta que no nos dé un trasunto de las revelaciones de su alma, de su estilo, de su fisonomía poética. El que, por evitar ciertos modos de expresión que no se conforman con el gusto moderno, diese a las frases del original un giro más artificioso, haría desaparecer aquel aire venerable de candor y sencillez primitiva, que, si bien no es un mérito en los escritores de una remota antigüedad, que no pudieron hablar, sino como todos hablaban en su tiempo, no deja por eso de contribuir en gran parte al placer con que los leemos. La simplicidad, la negligencia, el desaliño mismo deben aparecer en una traducción bien hecha. Suprimirlos o suavizarlos es ponernos a la vista un retrato infiel. Otro tanto decimos de una multitud de ideas o imágenes que nos hacen columbrar las opiniones, las artes, las afecciones de una civilización naciente. En una palabra, el traductor de una obra de imaginación, si aspira a la alabanza de una verdadera fidelidad, está obligado a representarnos, cuan aproximadamente pueda, todo lo que caracterice el país, y el siglo, y el genio particular de su autor. Pero ésta es una empresa que frisa con lo imposible respecto

de Homero, sobre todo, cuando la traducción ha de hacerse en una lengua como la castellana, según se habla y escribe en nuestros días.

Que don José Gómez Hermosilla, aunque trabajó mucho por acercarse a este grado de fidelidad, no pudiese lograrlo completamente, no debe parecer extraño al que sea capaz de apreciar toda la magnitud de la empresa. No sería justo exigir en este punto más que aproximaciones. Pero no es un suceso completo lo que echamos de menos. Los defectos que vamos a notar son de aquellos que un hombre de su fino gusto, y un tanto consumado maestro de la lengua, pudo tal vez haber evitado, si se hubiera prescrito reglas más severas para el desempeño de los deberes de traductor. Ni notaríamos esta especie de faltas, si él mismo no anunciase, en su prólogo, que su versión está hecha con la más escrupulosa fidelidad. Es verdad que rectifica este anuncio, previniendo que se ha tomado la licencia de suprimir epítetos de pura fórmula, o notoriamente ociosos, y de añadir algunos que le parecieron necesarios. Pero esto es cabalmente de lo que debía haberse abstenido un traductor que se precia de escrupuloso.

Los epítetos de fórmula son característicos de Homero. Son un tipo especialísimo de la poesía de los rapsodos; y era necesario conservarlos todas las veces que fuese posible. Suprimirlos, como lo hace casi siempre Hermosilla, es quitar a Homero una facción peculiar suya, y de la poesía de su siglo, y aun puede decirse de todas las poesías primitivas, pues vemos reproducirse la misma práctica en los romances de la media edad. Homero siembra por todas partes esta clase de epítetos, sin cuidarse de su relación con la idea fundamental de la cláusula, y aun a veces en oposición a ella. Júpiter es el *aglomerador de las nubes*, aun cuando, sentado en el Olimpo, no piense en suscitar tempestades. Aquiles es el héroe *de ligeros pies*, aun en las discusiones del consejo de jefes, cuando de nada menos se trata, que de dar alcance a un enemigo. Agamenón es *gloriosísimo*, aun en la boca de Aquiles airado, que le increpa su soberbia y codicia. No consulta Homero para el empleo de semejantes dictados más que las exigencias del metro. El *aglomerador de las nubes*, y el *de pies ligeros* son cuñas de que se sirve para llenar ciertos huecos de sus hexámetros. En una palabra, son justamente lo que llamaríamos *ripio* en un poeta moderno. Homero, pues abunda en rípios. Ellos dan una estampa peculiar a su estilo; y un traductor que los omita, de intento falta al primero de sus deberes. Homero, según Hermosilla, es un modelo perfecto. Él, pues, menos que nadie, debió pensar en corregirle. Pero ni había necesidad de hacerlo, porque, para los lectores instruidos, los rípios de Homero no son más que señales de antigüedad, rasgos de una sencillez venerable, que no carecen de gracia, y que se le perdonan con gusto, porque hacen resaltar con más brillo las bellezas de primer orden que disemina profusamente en sus versos, y que, en las épocas más adelantadas, han podido apenas imitarse.

En cuanto a la agregación de ciertos epítetos que al señor Hermosilla le parecieron necesarios, es preciso distinguir. Traduciendo de verso a verso, no

pueden menos que omitirse a veces algunas ideas accesorias, y recíprocamente se hace a menudo indispensable añadirlas a los conceptos fundamentales del poeta que se traduce. Sin esto, no sería posible traducir de verso a verso. Pero el traductor debe hacer en el segundo caso lo mismo que hubiese hecho el autor llenando los huecos con aquellas cuñas y ripios, y epítetos que sirven para el mismo objeto en el original. De esta manera, una versión fiel de Homero reproduciría los mismos elementos del texto griego, aunque no colocados precisamente en los mismos parajes; y los epítetos que se suprimiesen en un lugar, porque lo requiere el metro, aparecerían después en otro donde el metro lo consintiese, o lo exigiese. Así, no sólo es permitido, sino necesario, el agregar nuevos epítetos; pero es menester que todos ellos estén marcados con el sello particular del autor, y pertenezcan, por decirlo así, a su repuesto. Nadie puede prohibir la agregación de ciertos adornos que se introducen para vestir o herosear lo que trasladado fielmente pudiera aparecer demasiado desnudo. Si, en Homero, nada falta, y nada sobra, como pretende el señor Hermosilla, que, en este punto, no cede a los más supersticiosos admiradores del cantor de Aquiles, ¿por qué amplifica sin necesidad el original? ¿por qué lo adorna? Los aditamentos de esta especie son verdadera infidelidad.

En los diálogos de Homero, se observa universalmente una regla que les da un carácter peculiar, que hubiese debido conservarse. Todo razonamiento es precedido de uno o más versos que anuncian al interlocutor. Después de lo cual, se pone generalmente en el verso que sigue: *Así dijo, así habló fulano*, etc. La conducta de Homero en esta parte es característica de una época poco adelantada; y por eso, la encontramos también en los romances de la Edad Media.

El señor Hermosilla, abandonando en esta parte la huella de Homero, ha solido dar a los diálogos un aire que desdice de la manera antigua.

Con imperiosa voz y adusto ceño,  
Mandó que de las naos se alejase,  
Y al precepto, añadió las amenazas:  
Viejo, le dijo, nunca en este campo  
A verte vuelva yo (I-48).

Pero, alejado ya de los aqueos,  
Mientras andaba, en doloridas voces,  
Pidió venganza al hijo de Latona.  
– Escúchame, decía, pues armado  
Con el arco de plata ha defendido  
Siempre tu brazo ..... (I-66).

Al verso 212, dos razonamientos, uno de Agamenón, y otro de Aquiles, están enlazados así:

- La que por voto  
General me ofrecieron los aquivos  
Vuelve al paterno hogar. – Respondió Aquiles:  
¡Glorioso Atrida! ..... (I-212).

Véase ahora la manera uniforme del más antiguo de los poetas:

Impresionante lo despidió; y añadió palabras amenazadoras:  
– ¡Viejo!, no vuelva yo jamás a verte cerca de las huecas naves, etc.

Y después, habiéndose separado, encarecidamente rogó el anciano al rey Apolo, el que parió Latona, la de hermosos cabellos:

– Escúchame, oh tú, que cargas el arco de plata, y patrocinas a Crisa, etc.  
– Porque ya todos veis que he perdido mi premio.

Mas respondióle seguidamente el noble Aquiles de ligeros pies:

– Atrida, lleno de gloria, el más codicioso de los hombres, etc.

¿No se percibe en este sencillo y siempre uniforme encadenamiento de las varias arengas un dejo sabroso de antigüedad que se echa menos en la versión castellana? ¿No es prosa, y vil prosa, aquel *respondió Aquiles* que había precedido en el verso 150, y se repite en el 214, y aquel *Agamenón le dijo* del verso 231, y el *respondió el Atrida* del verso 300, y el *Minerva respondió* del verso 358? ¿No hubieran sido más convenientes en estos pasajes y tantos otros los *epítetos de fórmula* del viejo Homero, que la rastrera desnudez de su traductor?

Sucede otras veces que el señor Hermosilla es parafrástico sin necesidad, y deslíe una expresión en una frase trivial. Tersites, impropereando a los griegos su servilidad, emplea aquel enérgico exordio *O aqueas, no ya aqueos*, imitado felicísimamente por Virgilio:

*O vere phrygiae, nec enim phryges.*

y vertido en castellano

¡Y vosotros!  
Cobardes, sin honor, que apellidaros  
Aqueas, y no aqueos, deberíais!

La célebre despedida de Héctor y Andrómaca en el libro VI, bellísima oiertamente en el original, es fría y desmayada en la traducción. Este solo pasaje bastaría para justificar nuestro juicio sobre el talento poético de Hermsilla. Animado, rápido, elocuente en la prosa, no sabe dar a los versos armonía ni fuego, ni hablar el lenguaje de los afectos. De puro natural, es prosaico; y lo peor es que, a pesar de esta rastrera naturalidad, no siempre traduce fielmente a Homero. ¿Hay algo en los versos que siguen que dé una idea del lenguaje homérico?

¡Infeliz! tu valor ha de perderte,  
Ni tienes compasión del tierno infante,  
Ni de esta desgraciada, que muy pronto  
En viudez quedará; porque los griegos,  
Cargando todos sobre ti, la vida  
Fieros te quitarán. Más me valiera  
Descender a la tumba, que privada  
De ti quedar; que, si a morir llegases,  
ya no habrá para mí ningún consuelo,  
Sino llanto y dolor. Ya no me quedan  
Tierno padre, ni madre cariñosa.  
Mató al primero el furibundo Aquiles,  
Mas no le despojó de la armadura,  
Aun saquendo a Teba; que a los dioses,  
Temía hacerse odioso. Y el cadáver  
Con las armas quemando, a sus cenizas  
Una tumba erigió; y en torno de ella,  
Las ninfas que de Júpiter nacieron,  
Las Oréades, álamos plantaron.  
Mis siete hermanos, en el mismo día,  
Bajaron todos al Averno oscuro;  
Que a todos, de la vida despiadado  
Aquiles despojó, mientras estaban  
Guardando los rebaños numerosos  
De bueyes y de ovejas. A mi madre,  
La que antes imperaba poderosa  
En la rica Hipoplacia, prisionera  
Aquí trajo también con sus tesoros;  
Y admitido el magnífico rescate,  
La dejó en libertad; pero llegada  
Al palacio que fuera de su esposo,

La hirió Diana con aguda flecha.  
¡Héctor! tú sólo ya de tierno padre,  
Y de madre, me sirves, y de hermanos,  
Y eres mi dulce esposo. Compadece  
A esta infeliz: la torre no abandones;  
Y en orfandad, no dejes a este niño,  
Y cuida a tu mujer. En la colina,  
De silvestres higueras coronada,  
Nuestra gente reúne; que es el lado  
Por donde fácilmente el enemigo  
Penetrar puede en la ciudad, y el muro  
Escalar de Ilión. Hasta tres veces,  
Por esa parte, acometer tentaron  
Los más ardidos de la hueste aquea:  
Los ayacos, el rey Idomeneo,  
Los dos Atridas, y el feroz Diomedes,  
O ya que un adivino este paraje  
Les hubiese mostrado, o que secreto  
Impulso los hubiese conducido.

*¡Infeliz!* Es el vocativo homérico *δαμόνιε*, que, como otras muchas voces homéricas, no se sabe a derechas lo que significa. En este verso, es *infeliz*, y parece que tiene algo de afectuoso y dolorido; y en el verso 327 del libro II, es también *infeliz* en tono de reprensión y vituperio. En el 308 del libro II, es *capitán valiente*, y lleva una expresión de respeto y cariño; pero en el 54 del IV, es *cruel* con el acento amargo de la cólera y la reconvención; y en el 868 del VI es *gallardo* con algo de lisonja y zalamería; al paso que, en el 549 del VI, se traduce en *¡mal hora nacido!* que es de lo más fuerte que puede encontrarse en el vocabulario de los denuestos; y en el mismo libro, verso 810, es *¡consuelo de mi vida!*, que seguramente toca en el extremo de lo amoroso y almibarado; y apenas es concebible que haya podido ponerse por hombre de tanto gusto, como Hermosilla, en boca de un héroe de *La Iliada*. ¿Cuál es, pues, el significado de *δαμόνιε*? Es difícil encontrar uno que convenga a circunstancias y afectos tan diversos; pero esta misma diversidad prueba que la idea significada por esta voz era sumamente vaga e indeterminada, y que los epítetos ya acerbos, ya melifluos, ya injuriosos, ya honoríficos, en que ha sido vertida, son otras tantas galas postizas con que se ha querido cubrir la desnudez de Homero aun en las versiones más fieles.

Pero volvamos a la despedida de Héctor y Andrómaca. No es posible que dejemos de notar de paso una grave impropiedad del original, que ha sido criticada por otros, y defendida por los que tienen el empeño de persuadirse y persuadirnos que todo ha de hallarse perfecto en Homero, y que este gran poeta no se desvió

jamás de la naturaleza: empeño que es bastante común en nuestros días, y que se sostiene, como otros muchos, con la neblina mística de la estética alemana, instrumento acomodado para todo. ¿Será natural que, en una escena como ésta, se ponga Andrómaca a referir a su esposo los infortunios de su familia, como si Héctor pudiera haberlos ignorado hasta entonces? Dicen algunos que toda esta relación viene al caso, porque sirve para pintar la soledad y desamparo de la viudez de Andrómaca, como si fuese lo mismo hacer alusión a lo que todos saben, que referir lo que se supone ignorado. Recuerde en hora buena Andrómaca la muerte de su padre y hermanos, pero no la refiera. Haga lo que Dido, cuando alude en *La Eneida* a las desventuras de su unión anterior:

*Anna, fatebor enim...*

Pero el buen Homero, que se propuso no perder ocasión de insertar en su poema las tradiciones que corrían sobre los antiguos héroes de Grecia, y del Asia Menor, se aprovechó de la coyuntura presente para dar a sus contemporáneos la historia de la familia de Etión, y no se cuidó de que la forma en que la presentaba fuese o no, propia de las circunstancias. Esto es lo que hay de verdad, y lo que sólo una ciega preocupación a favor del padre de la poesía puede dejar de reconocer.

Los diez primeros versos de Hermsilla, si se exceptúan las dos solas palabras *fieros* y *llanto*, son una traducción literal, y forma uno de los mejores pasajes de la versión castellana; pero *tierno*, *cariñosa*, *furibundo*, *despiadado*, *numerosos*, *poderosa*, *rica*, otra vez *tierno*, etc., etc., son todos epítetos del traductor, algunas veces colocados donde no había ninguno, otras inferiores a los del original, y otras más oportunos. La *rica*, por ejemplo, hablando de una ciudad no muestra a la imaginación un objeto tan definido, como *la de altas puertas*. Pero lo que se nota más a menudo, no aquí sólo, sino en toda la versión de Hermsilla, es la sustitución de unos epítetos a otros que eran como de fórmula en el estilo de los rapsodos, y que, no teniendo la menor conexión con el asunto, les servían de cuñas, o lo que llamamos ripio, para llenar los vacíos del metro. Mucho más al caso ciertamente, y mucho más en armonía con los sentimientos de Andrómaca, es el que ella apellide *furibundo* y *despiadado* al matador de su familia, y no el de *origen divino*, y el de *ligeros pies*, como le llama. Verdad es que las sustituciones de Hermsilla valen poco más, que el ripio de Homero; pero aun cuando tuviesen un valor intrínseco más alto, no dejarían por eso de pecar contra la fidelidad, que es el primer deber del que traduce. En la versión de un poeta tan antiguo, deben dejarse ver los vestigios de candor que caracterizan a una civilización naciente.